

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

11

Hermano Richard

Bendecidos en
nuestra fragilidad
humana

La humanidad del Hijo de Dios
y la nuestra según el relato de las
tentaciones

Lo que no ha sido asumido no ha sido curado, pero es lo que está unido a Dios que está también salvado.
Gregorio Nacianceno

Jesús en el Jordán, Jesús en el desierto

En los primeros capítulos de los Evangelios según Mateo, Marcos y Lucas se hallan dos relatos que forman como un díptico. Antes de narrar la actividad pública de Cristo, invitan a detenerse en su persona, a contemplar por así decir su imagen. La primera tabla del díptico representa a Jesús resplandeciente en el Jordán ; el segundo le muestra agotado y probado en el desierto.

El relato de Jesús tentado en el desierto es de los más sorprendentes. En primer lugar, es inhabitual ya que no puede remontarse a testigos oculares. Pero es sobre todo excepcional por su penetración del misterio de Jesús, Hijo de Dios. Es sin duda alguna uno de los textos más profundos que trata sobre la identidad de Jesucristo.

El título tradicional, «Tentaciones en el desierto», atrae la atención del lector sobre el problema de la tentación. Algunas cuestiones como «¿En que consisten las tentaciones? ¿Cómo evitarlas? ¿Cómo superarlas?», está claro que aparecen. Pero de hecho, es otra la cuestión que es determinante tanto en la escena del bautismo como en el relato de la experiencia de Jesús en

el desierto. Esta es la de su identidad. ¿Quién es ese Jesús?

El relato de Jesús en el desierto comienza con una frase que remite casi palabra por palabra al relato del bautismo que le precede inmediatamente: «Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mateo 4,1).

La primera palabra «entonces» hace de la experiencia de Jesús en el desierto la continuación inmediata de su bautismo en el Jordán. La observación «Jesús fue llevado al desierto» va en la misma dirección: el verbo utilizado, difícil de traducir en español, significa literalmente «conducir a lo alto». El lector ve a Jesús subir desde el valle del Jordán hasta la región alta del desierto de Judea.

Pero es, sobre todo, la presencia del Espíritu lo que suelda los dos relatos. En el momento del bautismo, el Espíritu Santo bajó sobre Jesús en forma de paloma. Este mismo Espíritu le conduce ahora al desierto.

Allí, el núcleo de lo vivido por Jesús en el bautismo es puesto a prueba. En el Jordán, se oía la voz del cielo, la voz de Dios su Padre: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mateo 3,17). Es la afirmación de esta voz con respecto a Jesús la que, en el desierto, será dos veces seguidas puesta en duda: «si eres el Hijo de Dios...» (Mateo 4,3 y 5).

El bautismo ha manifestado el misterio luminoso de Jesús. Él es el Hijo de Dios, amado desde toda la eternidad y morada del Espíritu Santo. En esta comunión, todo es sino luz y amor. Un texto sirio antiguo dice con una gran belleza poética que en el momento

del bautismo de Jesús, el Jordán ardió de amor... Y después bruscamente, aparece el desierto, la soledad lúgubre, el hambre. Ya no se oye la voz proveniente de los cielos. Jesús sólo escuchará la palabra de Dios a través de los versículos bíblicos que ha leído y aprendido. El contraste es sobrecogedor.

Si el bautismo ha revelado que Jesús es el Hijo amado de Dios, él es también hijo de los hombres, el «Hijo del hombre», como le gustaba referirse a sí mismo. El relato de Jesús en el desierto muestra la humanidad de Jesús, Hijo de Dios. El relato de su bautismo podría hacer creer que Jesús, el Hijo de Dios lleno del Espíritu Santo, dominará soberanamente los problemas de la condición humana. Puesto que en el momento del bautismo, el cielo se abrió sobre él, ¿no vivirá él continuamente «a cielo abierto», atravesando la vida terrestre con una libertad divina y soberana?

El Espíritu Santo, que bajó sobre Jesús en el momento del bautismo, no cesa de permanecer sobre él, pero su presencia ya no le abrirá el cielo. No le libera de los límites de su condición humana. El le conduce al desierto, allí donde la fragilidad humana se manifiesta más crudamente.

Probado por el calumniador

Es el Espíritu quien lleva a Jesús al desierto, pero es el diablo quien le desafía. La acción del Espíritu corresponde al proyecto de Dios: si Dios revela a su Hijo Jesús en la luz y la alegría de su amor, quiere darle a

conocer también en su fragilidad humana. Pero la tentación en sí misma no viene de Dios, ésta es obra del diablo. El Espíritu Santo puede conducir al desierto, lugar inhóspito y peligroso donde los haya. Pero él no tiente jamás.

Esta es la ocasión de precisar el sentido de algunos términos. La palabra «tentación» nos es familiar, la decimos, por ejemplo, en el Padrenuestro. Pero, en realidad, es bastante ambigua. ¿Es la tentación la seducción del mal? Uno puede, sin embargo, dejarse tentar por cosas buenas: una golosina, un buen concierto, una salida con amigos... Y en la Biblia, el sentido de la palabra es aún más diferente.

Esta procede de un verbo que se traduce unas veces por «tentar» y otras por «probar». Su sentido más corriente es «poner a prueba» o «testear». La experiencia del pueblo de Israel en el desierto supuso este poner a prueba: «Acuérdate de todo el camino que el Señor tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para volverte humilde, para probarte [o tentarte] para conocer el fondo de tu corazón» (Deuteronomio 8,2). En el desierto, las máscaras caen, imposible fingir, el fondo del corazón queda al descubierto, a plena luz. Los cuarenta años en el desierto fueron para Israel la hora de la verdad.

En las partes más antiguas de la Biblia, es Dios mismo quien pone a prueba, como en el pasaje citado del Deuteronomio. Más tarde, por ejemplo en el libro de Job, es otro el que se encarga, satán, en hebreo *hasatan*. De repente, la prueba cambia de carácter. La estancia de Israel en el desierto fue desde luego una

prueba dolorosa, pero Dios prueba a su pueblo sin intención hostil y con la firme esperanza de un buen resultado. Job el justo, por el contrario, es puesto a prueba por satán con una intención malévola. La prueba sobrepasa en tal caso toda medida y pasa a ser sinónimo de un sufrimiento infinito.

En sus orígenes, *ha-satan* no es un nombre propio, sino que designa al adversario, especialmente durante un litigio. La versión griega del Antiguo Testamento traduce *ha-satan* por *ho diabolos* – la palabra que ha dado *diablo* en español – que no es tampoco un nombre propio. La palabra de la cual deriva significa «informante», el *diablo* es un informante maldiciente y malévolos, un calumniador.¹

En el libro de Job, *ha-satan* está al origen de las pruebas insostenibles de Job después de haber hablado mal de Job en presencia de Dios. Mediante una prueba cruel, intenta corroborar sus sospechas. Él quiere demostrar que la piedad de Job sería superficial e interesada. Pero en resumidas cuentas, está equivocado. Y Dios tiene razón de estar orgulloso de su servidor Job. Y de la calumnia de satán, ni siquiera se habla más al final del relato.

Lo que Jesús ha vivido en el desierto recuerda tanto la prueba de Israel como la de Job. Los cuarenta días de Jesús en el desierto de la región alta de Judea corresponden con los cuarenta años de Israel en el desierto del Sinaí. Al igual que Israel, Jesús está desprovisto,

¹ Se dice a menudo que *diabolos* significa divisor. No es falso en cuanto que la murmuración crea efectivamente división. Pero, en el Nuevo Testamento, *diabolos* califica a los seres humanos, se trata sin duda alguna de maldicientes (1 Timoteo 3,11 y Tito 2,3).

él conoce el hambre. Pero el hecho que sea el diablo quien pone a Jesús a prueba le relaciona con Job.

Al igual que en la historia de Job, la prueba es hostil. En la aridez del desierto, Jesús es expuesto sin protección al desafío malévolos del calumniador.

Confiar

« Después de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches sin comer, Jesús tuvo hambre » (Mateo 4,2). En nuestros días, se ayuna por motivos diferentes, para sentirse mejor, para aprender a dominar los deseos... Jesús ayunó porque en el desierto no había nada que comer. El hambre de Jesús pone de manifiesto su verdad de hombre: como todo ser humano, él no vive de sí mismo. Él no es su propia fuente.

Pero, ¿es esto cierto también con respecto a Jesús ? ¿No es acaso el Hijo de Dios ? Un Hijo de Dios ¿«no tiene la vida en sí mismo», como Jesús mismo lo afirmará (Juan 5,26)? Si verdaderamente es Hijo de Dios, ¿Cómo puede tener hambre ? Su hambre y su agotamiento cuestionan su identidad como Hijo amado de Dios.

El diablo aparece como un examinador simpático, da al candidato una pista. Él sugiere a Jesús que convierta algunas de las numerosas piedras del desierto en panes. Solución elegante al problema planteado: Jesús mismo no tendría ya más hambre y, por añadidura, habría encontrado la solución al problema del hambre en el mundo. Pasaría la prueba

con garbo, y su calidad de Hijo de Dios podría ser debidamente reconocida.

La respuesta que Jesús da a esta primera prueba parece más bien endeble. Dicha respuesta no prueba nada. Su palabra no transforma piedra alguna, no pronuncia ninguna palabra secreta o mágica, únicamente un versículo bíblico, y para colmo un versículo muy conocido. « Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios » (Deuteronomio 8,3 y Mateo 4,4).

Jesús acepta tener hambre. Consiente sus límites humanos. Como cualquier ser humano, necesita vivir de algo, él no es su propia fuente. Carecer y pasar hambre, no son para él ideales, forman simplemente parte de su humanidad.

Supongamos por un instante que, siguiendo la sugerencia que se le ha hecho, se alimentase de piedras. Habría adquirido así una autonomía ilimitada. Sería soberano, no tendría nunca más necesidad de nada ni de nadie. Pero por muy Hijo de Dios que sea, Jesús no vive de sus propias fuerzas sino de la confianza en Dios. Su hambre tiene el mismo sentido profundo que había tenido el hambre del pueblo de Israel en el desierto. Es el símbolo de una dependencia innata del ser humano, el signo de que toda criatura vive de Dios y existe por su palabra.

El diablo propone a Jesús convertir por su palabra las piedras en panes: «*Dí* que estas piedras se conviertan en panes». Ello hace referencia a la palabra creadora de Dios. Como lo mostrará la continuación, el diablo conoce bien su Biblia. Sabe que está escrito con

respecto a Dios: «El habla, y es así, manda, y se hace» (Salmo 33,9). ¿No debería ocurrir lo mismo con respecto al Hijo de Dios? Pero Jesús no pretende jugar a ser igual a Dios. Puesto a prueba, no pronuncia ninguna palabra divina creadora, únicamente un versículo bíblico conocido por cualquier niño de Israel.

Jesús sale de esta primera prueba aparentemente sin gloria. El no ha probado su identidad de Hijo de Dios. Pero paradójicamente, el resultado del test, en principio poco concluyente, es en realidad muy revelador. Revela el fondo del corazón de Jesús, su humilde confianza. Según los criterios del que le somete a la prueba, no conviene a un Hijo de Dios tener hambre ni carecer de lo necesario. Para Jesús, por el contrario, su identidad de Hijo amado de Dios no es incompatible con su carencia de lo necesario y su fragilidad humana.

Esta primera prueba de la identidad de Jesús muestra lo que es la perfecta comunión de amor entre él y su Padre. Ella no hace de él un semidiós al que no afectaría lo duro de la vida. Él es un pobre que vive de una palabra que sale de la boca de Dios: «Este es mi Hijo amado en quien me complazco». Él tiene hambre y sufre sin dejar de ser amado por Dios y habitado por el Espíritu.

Caminar humildemente con Dios

«Entonces el diablo le lleva consigo a la Ciudad Santa, y lo pone sobre la cúspide del templo» (Mateo 4,5). Este cambio fantástico del entorno en el cual se desarrolla la acción permite comprender que el relato ha de ser leído como una experiencia visionaria. Concretamente, Jesús se halla todavía en el desierto de Judea, pero en una visión, es transportado sobre el tejado del templo de Jerusalén.

«Si eres Hijo de Dios, tírate abajo» (Mateo 4,6). Pero ¿porqué Jesús debería tirarse de lo alto del templo? Es una nueva invitación a probar que es el Hijo de Dios. Pues ¿puede Jesús ser el Hijo de Dios si no tiene poderes extraordinarios, si está sometido como cualquiera a los límites de la condición humana?

Desde la primera prueba, el calumniador suscita la cuestión de saber si un Hijo de Dios no debía poseer en sí mismo su fuente de vida. Ahora, él insiste: para ser verdaderamente Hijo de Dios, Jesús debería ser inmortal. E invita a Jesús a arrojarse al vacío para que su invulnerabilidad y su inmortalidad se hagan evidentes. Un salto así situaría a Jesús al abrigo de toda sospecha en cuanto su identidad de Hijo de Dios.

El diablo no aparece sólo como examinador sino también como consejero. Cita las Escrituras santas: «Porque está escrito: Dios te encomendará a sus ángeles, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna» (Salmo 91,11-12 y Mateo 4,6). Si cualquiera que se fíe de Dios puede estar seguro

de su protección, ¡cuánto más su Hijo amado! Es el momento de confiar.

El argumento del diablo parece creíble – forzosamente, puesto que está sacado de la Escritura. Pero es insidioso, lleno de burla: «¡Qué deplorable Hijo de Dios haces si tienes miedo a la muerte!».

Una segunda vez, Jesús sale de la prueba sin gloria. Él no ha mostrado heroísmo. No ha saltado. Él se queda avergonzado sobre el alero del templo. Se escucha casi el sarcasmo del diablo y de todos los maldicientes que le acompañan: «¡Deplorable Hijo de Dios!» Pero Jesús no se inmuta, no argumenta y cita un solo versículo: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios» (Deuteronomio 6,16 y Mateo 4,7).

Hambriento, Jesús quiere vivir de su sola confianza en Dios. ¿Porqué no confiar ahora, como le invitan a hacerlo las palabras del salmo? Hay confianza sobre confianza. La primera prueba ha puesto de manifiesto la confianza total que Jesús tiene en su Padre. Él no quiere vivir de ninguna otra cosa que no sea su palabra. La segunda prueba afina el sentido de la confianza, al mostrar claramente lo que ésta no es.

Tener confianza en Dios, no es servirse de él como tapagujeros. Jesús rebate el argumento de que Dios debe suplir al ser humano en lo que no es capaz de hacer. Si un hombre quiere arrojarse al vacío, es necesario que tome precauciones, que se equipe con un paracaídas. Jesús rechaza el servirse de Dios para desbaratar los límites de su condición humana.

Al rehusar saltar, Jesús dice plenamente sí a lo que él es. Es un ser humano, una criatura y por tanto mortal.

Los maldicientes y los malévolos verán ahí una confirmación de sus sospechas: Jesús no es verdaderamente Hijo de Dios. Pero en realidad, esta segunda prueba es un nuevo momento de revelación y de verdad sobre-cogedora: Jesús es al mismo tiempo el Hijo amado de Dios y una criatura mortal.

El Evangelio muestra unido en Jesús lo que parece incompatible. Es difícil imaginar una doble naturaleza de Hijo amado de Dios y de criatura mortal. Pero el Evangelio no nos pide imaginar algo, sino mirar bien lo que se nos muestra. Jesús es Hijo de Dios y tiene una humilde confianza. Su confianza es una manifestación del secreto de su persona.

En la confianza de Jesús, no hay rastro de pretensión, ella es toda humilde. Jesús no intenta forzar a Dios para que intervenga en su favor de modo que él pueda saltar al vacío sin peligro. Aunque es el Hijo de Dios, Jesús «camina humildemente con su Dios» (Miqueas 6,8). Según el profeta, esto es lo que Dios pide a todo hombre.

El hecho de ser Hijo de Dios ¿no debería proporcionar a Jesús algunos derechos e incluso un cierto poder sobre Dios? Jesús no quiere saber nada de eso. Él tiene confía humildemente aunque esta confianza no le sirva aparentemente para nada, no le aporte nada.

Una confianza tan humilde tiene consecuencias. Ella ha humillado a Jesús frente al diablo, ella le humillará de nuevo en el momento de la prueba de la cruz. En el Evangelio de Mateo, las palabras: «si eres Hijo de Dios» reaparecen más tarde palabra por palabra. Los que pasan delante de la cruz de Jesús menean la cabeza

y dicen: «Sálvate a tí mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz» (Mateo 27,40). Para ellos, es inimaginable que un Hijo de Dios muera tan lamentablemente. Para Jesús, es la última oportunidad que tiene de probar que es el Hijo de Dios. Y no lo hace.

Esperar con paciencia

En la tradición bíblica, el Hijo de Dios es también «el rey de Israel» (Juan 1,49), el Mesías destinado a convertirse en «el príncipe de los reyes de la tierra» (Apocalipsis 1,5). Resucitado de entre los muertos, Jesús confirmará esta espera. Él quedará con sus discípulos sobre un monte de Galilea y les dirá: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mateo 28,18).

Si –siempre en una especie de viaje imaginario– el diablo lleva a Jesús «a un monte muy alto y le muestra todos los reinos del mundo y su gloria» (Mateo 4,8), es pues una vez más para poner a prueba su identidad de Hijo de Dios. Sin que le perteneciesen «los reinos de la tierra», ¿cómo podría Jesús ser verdaderamente el Mesías, el rey de las naciones ?

Esta vez, el diablo no pone en duda que Jesús sea el Hijo de Dios. Lo da por supuesto. Pero da a entender que esas no son sino palabras vacías si Jesús no tiene un poder universal real. Él le ofrece pues una solución para que su calidad de Hijo de Dios, de amo soberano, devenga una realidad manifiesta a los ojos de todo el mundo.

« Todo esto te daré si postrándote me adoras »

(Mateo 4,9). Jesús está agotándose en el desierto. Comprende bien que se fatigará aún mucho más «al caminar humildemente con su Dios». La invitación es, pues, atrayente. ¿Porqué debería agotarse así? ¿Ese camino de humildad y de paciencia es verdaderamente la única vía para alcanzar su gloria de Mesías?

El diablo pretende que no, que Jesús puede bien manifestarse como Mesías de inmediato, alcanzar la meta sin esperar ni fatigarse. Sólo le basta con quererlo. En realidad, él insinúa por tercera vez que ser Hijo de Dios es incompatible con las limitaciones humanas. Esta vez, se trata del tiempo: ¿Dónde se ha visto que un Hijo de Dios deba esperar?

Con el pensamiento y con la imaginación el ser humano puede dominar el tiempo, abarcar de una sola mirada interior el pasado, el presente y el futuro. Pero no puede vivir sino en el presente. Si, con el pensamiento, puede anticipar lo venidero, en su realidad de criatura humana de carne y de sangre, no puede saltarse las etapas. La temporalidad es quizás el límite más radical de las criaturas.

Lo que el diablo propone buscaría, entonces, deshacerse de la condición temporal. Jesús no debería ya esperar, no conocería más la incertidumbre, ni nunca más necesitaría la paciencia. Si, de todos modos, «se debe dar todo poder» (Mateo 28,18), ¿entonces porqué esperar ahora? ¿Porqué esperar, peligrar, sufrir? Lo que está en juego es una vez más la comprensión de lo que significa ser Hijo de Dios. ¿Se puede ser Hijo de Dios y al mismo tiempo llegar a serlo pacientemente, a través de sufrimientos?

En el fondo, es imposible responder a estas cuestiones en tanto en cuanto el criterio utilizado sea nuestra idea preconcebida de lo que debería ser un Hijo de Dios. Ahora bien, el Evangelio no muestra un Hijo de Dios pensado e imaginado, sino el Hijo de Dios que ha vivido una existencia terrestre concreta. El Hijo de Dios de Nazaret nace y crece. Deviene plenamente él que es por medio de su vida, su muerte y su resurrección. Es a base de mucha paciencia que «entró en su gloria» (Lucas 24,26).

Alcanzar sin demora la meta, ¿Porqué esto equivaldría para Jesús a postrarse ante el diablo y adorarle? Porque de este modo, él renegaría de la bondad fundamental de la creación y, en último término, de Dios mismo. Pues toda criatura tiene un comienzo y un desarrollo, una trayectoria en el tiempo. Nosotros sabemos hoy que esto es verdad no solamente con respecto a la plantas y los animales, sino también respecto al mundo mineral y respecto al universo entero. Toda criatura realiza su ser en el tiempo.

Cuando el diablo indica a Jesús un atajo para alcanzar la meta sin demora, la máscara cae. Él quiere ser adorado en lugar de Dios. Finge ayudar a Jesús a convertirse en el Mesías y probar así su calidad de Hijo de Dios. Pero al calumniar la paciencia humana, la maduración en el tiempo, no hace sino calumniar a Dios y la bondad de su creación.

Según el calumniador, ser en proceso sería un defecto para el Hijo de Dios. Pretende que es indigno para un Hijo de Dios realizar su ser en un caminar paciente que, por añadidura, le traerá un lote bien

grande de sufrimientos. Hay algo de plausible en la idea que un Hijo de Dios domine el tiempo. Pero para Jesús, ser Hijo de Dios no es incompatible con su ser criatura insertada en el tiempo.

Jesús cita por tercera vez la Biblia: «Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él darás culto» (Mateo 4,10). Adorar a Dios, es decir sí a Dios con todo el corazón y decir sí a su obra, a su creación. Jesús rehúsa evadirse de la condición humana. Es por su humanidad que está unido a Dios en la adoración.

Tampoco esta tercera vez, Jesús sale glorioso de la prueba. Sigue sin haber nada que pruebe que es Hijo de Dios. No ha resuelto el problema del hambre. No ha dado muestras de inmortalidad saltando desde lo alto del templo. No se ha convertido en rey, sino que continua siendo un pobre.

Jesús: pobre y frágil, amado y bendecido

«Apártate, Satanás» (Mateo 4,10). Jesús ha terminado por despedir con resolución al calumniador. «Entonces el diablo le deja» (Mateo 4,11). El Evangelio de Lucas añade que regresará «en el momento oportuno» (Lucas 4,13). Esta observación focaliza la mirada en la Pasión. Lucas enlaza así la prueba de Jesús en el desierto con la de la cruz. Cuando Jesús sea crucificado, no habrá uno solo, sino una muchedumbre de maldicientes que se burlaran de su pretensión de ser Hijo de Dios. El

diablo no es un individuo aislado, él es espíritu de maledicencia.

Importa poco evaluar si Jesús ha pasado la prueba o no. Lo que cuenta es que haya salido de ella. Vencer una tentación o una prueba, no es de todos modos el lenguaje bíblico. Se resiste la tentación y se sale de ella (1 Corintios 10,13). Jesús ha resistido la prueba agarrándose firmemente de su unidad con Dios. Él no ha dejado que las tinieblas le hablen. Es consciente de su carencia y de su pobreza. Pero él recusa los argumentos que, con el pretexto de su fragilidad humana, ponen en duda su identidad de Hijo de Dios.

«Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían» (Mateo 4,11). Es el Espíritu de Dios quien había conducido a Jesús al desierto. Sin embargo, a lo largo de estas pruebas, Dios parecía ausente, como si su presencia se hubiese retirado. Esto cambia ahora con la llegada de los ángeles, los servidores de Dios que se ponen al servicio de Jesús. El es todavía un ser humano frágil y solo en el desierto. Pero la presencia de los ángeles confirma que, en su humana fragilidad, Jesús es en verdad el Hijo de Dios, el predilecto, el bendecido.

¿Porqué debía Jesús pasar por esta prueba? La prueba es una hora de la verdad, sirve para «conocer el fondo del corazón», en palabras del Deuteronomio. Pero dado que Dios conoce a su Hijo, ¿porqué este poner a prueba?

Jesús es una criatura humana, y en consecuencia, crece y se desarrolla. El «progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia» (Lucas 2,52). Su bautismo del mismo modo que los cuarenta días en el desierto cons-

tituyeron una etapa decisiva en su vida de hombre. En este periodo de su vida, su unidad con Dios había de confirmarse de manera nueva. La prueba no era una ficción.

Los ángeles le comunican el reconocimiento de Dios. A los ojos del diablo y de todos los maldicientes, Jesús no se ha lucido. Dios mismo encuentra en Jesús su alegría. No solamente en el momento del bautismo, sino en todos los instantes de su vida, en cada etapa que Jesús realiza, en su devenir humano, lo que él es en lo más profundo de sí mismo.

«Probado en todo según la semejanza [es decir según su naturaleza humana idéntica a la nuestra], pero sin cometer pecado» (Hebreos 4,15). En la prueba, el Hijo de Dios dijo sí plenamente, sí a Dios y a su ser criatura. Él ha confiado, él ha permanecido humilde y paciente. Estas actitudes ponen de relieve, desde luego, su frágil condición humana. Pero lo que sería incompatible con su calidad de Hijo de Dios, no es ser frágil y estar desprovisto de lo necesario. Sería no vivir del amor de Dios, no creer en su palabra: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

Es lo que está unido a Dios lo que está salvado

La pregunta: «¿porqué estas pruebas de Jesús en el desierto?» prolonga la pregunta: «¿porqué Jesús debía ser bautizado en el Jordán?». Si es el Hijo de Dios,

concebido por el Espíritu Santo ¿porqué el Espíritu Santo debe aún bajar sobre él? En ocasiones se ha comprendido el bautismo de Jesús como una experiencia de vocación. Si el tenía desde su infancia un conocimiento implícito de su identidad de Hijo de Dios y de su misión, ésta se vuelve, en ese instante, conciencia clara.

Pero los relatos de su bautismo se parecen poco a los relatos de vocación. Hacen más bien comprender que el bautismo de Jesús tiene lugar por nosotros. El relato de Mateo es, en este sentido, particularmente explícito: la voz del cielo se dirige más a los testigos del bautismo que al propio Jesús. Dice: «Este es mi Hijo amado», y no: «Tú, tú eres mi Hijo».

Es por ellos que la tradición cristiana oriental habla, refiriéndose al bautismo de Jesús, de «teofanía» (es decir, manifestación de Dios), al mismo tiempo que subraya que toda la Santísima Trinidad se manifiesta: el Padre por la voz del cielo, el Espíritu Santo bajo forma de paloma, y Jesús el Hijo amado. El bautismo manifiesta a Dios y revela que el Espíritu Santo permanecerá para siempre en el ser humano.

El relato de Jesús en el desierto prolonga esta revelación. Nos da el privilegio inaudito de «conocer el fondo de su corazón». Si el bautismo revela que el Espíritu Santo puede permanecer para siempre sobre un ser humano, la prueba en el desierto muestra cómo Jesús comparte nuestra condición humana. Por medio de esas pruebas, él ha desposado lo real de nuestra vida, de modo que toda existencia pueda encontrar sentido y curación. Es por nosotros que Jesús pasó por

la prueba del desierto, permaneciendo unido a Dios mientras era tan frágil como nosotros. De este modo, él nos concede amar nuestra condición humana.

De Gregorio Nacianceno, un intelectual cristiano y obispo del siglo IV, tenemos esta fórmula extraordinaria: «Lo que no ha sido asumido no ha sido curado, pero lo que está unido a Dios está también salvado².» Gregorio intervenía en una discusión en la que estaba en juego la humanidad del Hijo de Dios. Con el propósito de resaltar la perfección de Jesucristo, Hijo de Dios, Apolinar, un obispo de Laodicea en Siria, admitía su cuerpo y su alma humanas, pero excluía de su persona la capacidad humana de autodeterminarse. Según Apolinar, era el Espíritu divino quien, en lugar de un espíritu humano, determinaba las elecciones de Cristo.

Apolinar era un exégeta afamado y un pensador brillante, y su comprensión de Cristo era a primera vista plausible. Pero Gregorio comprendió lo que estaba en juego. Si Cristo no tiene la capacidad humana de hacer elecciones, entonces nuestra libertad permanece fuera de la comunión con Dios, permanece abandonada a ella misma, prisionera de ella misma y no curada. En un lenguaje menos conceptual pero no menos sugerente, ello supone afirmar el relato de las pruebas de Jesús en el desierto. Jesús tenía la capacidad humana, y así pues el deber humano, de determinar sus elecciones.

Una discusión parecida se dará de nuevo en el siglo VII, en torno a lo que se ha llamado la crisis monotelista. La cuestión planteaba saber si Cristo tenía

² Carta 101,32

una sola voluntad divino-humana (de ahí el término monotelista que procede de «voluntad única») o si el Hijo de Dios tenía también, en común con nosotros, una voluntad humana. Este no es el lugar para entrar en detalles; basta con constatar que el monotelismo resultaba atrayente, ya que permitía resaltar que en Jesús no se hallaba ni contradicciones, ni pecado.

Fue un monje, Máximo el Confesor, quien percibió la gravedad de lo que estaba en juego. Durante su vida estuvo muy aislado debido a su firme defensa de una voluntad humana de Cristo. Murió como consecuencia de maltratos y del exilio sufridos por la defensa de la fe – de ahí su nombre de Confesor. Diecinueve años después de su muerte, el III concilio de Constantinopla reconoció, en el año 681, lo acertado de su posición.

La humanidad de Hijo de Dios y la nuestra

El relato de las pruebas de Jesús en el desierto nos asegura que el Hijo de Dios ha asumido todo lo que nosotros somos con el fin de curar nuestro ser entero. Este nos da a conocer el fondo del corazón de Jesús, la humanidad del Hijo de Dios. Al hacerlo, nos revela también nuestra propia humanidad, la que Jesús ha venido a salvar, la que nosotros ahora podemos asumir plenamente puesto que sabemos que ella puede ser curada.

Lo que es verdadero para él es verdadero para nosotros. Estamos bautizados con Cristo, cada uno de nosotros es hijo o hija amado, amada, en quien Dios se complace. Con Cristo, somos frágiles a la hora de la prueba. Nuestra comunión con Dios, con Cristo y el Espíritu Santo no nos sustrae de nuestra condición humana. Si Jesús, Hijo amado de Dios y morada del Espíritu Santo, ha tenido hambre y ha aparecido deslucido en el desierto, nosotros no debemos tener vergüenza de nuestra propia fragilidad. Sino sería como si pensásemos que podemos hacerlo mejor que él.

El Espíritu Santo nos asegura el amor de Dios. Tener hambre y sed, estar insatisfecho, no son signos de su ausencia. Es el Espíritu mismo quien puede, como lo ha hecho por Jesús, conducirnos al desierto. Su presencia no es incompatible con el sentimiento de vacío.

Puede darse que el acusador nos ataque como a Jesús. «Si eres hijo amado de Dios, ¿cómo puedes estar tan confuso, tan necesitado? ¡Qué deplorable hijo de Dios haces!» Esta voz insidiosa puede subir desde nuestro propio corazón o provenir de personas de nuestro entorno.

La palabra del Evangelio se vuelve entonces una palabra liberadora. No necesitamos disimular, no necesitamos imponernos. Frente al diablo, Jesús no ha tenido necesidad de parecer fuerte. Dios no espera de nosotros un dominio soberano de todos los problemas. Nos basta con mantenernos tras los pasos de Cristo. Él no ha pasado la prueba con respuestas brillantes, sino que ha salido de ella con la ayuda de tres pobres versículos bíblicos.

«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Es mediante estas palabras que Jesús expresa su confianza. Cuando a continuación el diablo le hace caer en la cuenta que su confianza es bien pobre si no se atreve a arrojarse en manos de los ángeles, Jesús reitera su humildad: «No tentarás al Señor tu Dios». Y finalmente, consiente a la paciencia, a la espera de Dios y a la adoración de Dios: «Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto»

«Cristo debía asemejarse en todo a sus hermanos y hermanas, para ser su Sumo Sacerdote lleno de bondad y fidelidad al servicio de Dios, para asegurar el perdón de los pecados del pueblo. Y ahora, él puede socorrer a los que son probados, pues él mismo ha pasado por la prueba y por el sufrimiento» (Hebreos 2,17-18). Cristo se ha asemejado en todo a nosotros para que nosotros nos asemejemos a él. Así su confianza, su humildad y su paciencia pueden también llegar a ser nuestras.

Las tres son una aceptación serena de nuestra condición humana. La confianza: yo no vivo de mí mismo, sino de la palabra que me asegura que soy amado. La humildad: no tengo necesidad de ser capaz de todo. La paciencia: no es necesario alcanzar la meta de inmediato; lo que soy crece y madura en el tiempo que Dios me da.

Jesús no se ha avergonzado de su fragilidad humana. Y así es como nos ha abierto un camino donde somos bendecidos y amados en lo que somos. El combate de la fe no tiene como meta alzarnos por encima de nuestra condición humana, sino sostenernos firmemente en la confianza de que Dios nos ama incluso cuando

somos frágiles y necesitados. Adorar sólo a Dios, es
vivir de su amor ocurra lo que ocurra.

Traducción del francés de Yolanda Candela Pantoja

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1099 — juillet 2009 — ISSN: 2101-731X — ISBN 9782850402876

Achevé d'imprimer en juillet 2009 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône